

Preguntas acerca de la iglesia de Cristo

La Biblia no deja ninguna duda acerca de lo que la iglesia fue en el siglo primero. La organización, la forma de adorar, y la doctrina de ella, están todas claramente delineadas. Tampoco pueden haber dudas acerca de lo que esa misma iglesia sería hoy día. Es evidente que sería la misma, caracterizada por los mismos rasgos de organización, la misma forma de adorar y la misma doctrina. Aquí, no obstante, es una cuestión que probablemente le cause sorpresa a muchas personas: *La iglesia que claramente distinguimos en las páginas de las Escrituras puede realmente existir en el mundo de hoy día.* Con nada más, nada menos y nada diferente de los nombres, forma de adorar, líderes, y propósito que la iglesia tuvo al comienzo, la iglesia puede vivir, vive y prospera hoy día. Lo que la iglesia *fue* en el siglo primero, es una cuestión en la que hay acuerdo general. Lo que en amplios círculos se pone en duda, es que esa misma iglesia pueda existir hoy día sin la adición, por el hombre, de nombres, de oficiales y de credos. Aunque no es difícil conocer lo que la iglesia original fue, el mundo se ha saturado tanto con el sectarismo, que es difícil para la gente hacer alguna aplicación práctica del patrón y pureza original a nuestros días.

Todo el prestigio de los títulos y trajes ceremoniales, clama en contra de la simple proposición de ser solamente lo que la iglesia era en el siglo primero. ¿Qué son los títulos y los trajes cuando se les examina a la luz de una aventura de fe en la Biblia? Se nos ha dicho que las sendas antiguas son oscuras; pero, he aquí, están tan claras y tan frescas como lo estuvieron al comienzo, cuando se delinearon en el Nuevo Testamento inspirado. Se

nos ha dicho que el patrón original era obsoleto; pero, he aquí, lo predicamos y cientos de iglesias son establecidas cada año. Se nos ha dicho que causaríamos división; pero, he aquí, hombres de todos los credos se han vuelto a la unidad del Nuevo Testamento.

En lecciones anteriores hemos abarcado —punto por punto— la organización, forma de adorar y doctrina, de la iglesia de hace más de mil novecientos años, y de la iglesia de hoy. La conclusión es que la iglesia se ha desplazado a través de los siglos para ser la iglesia de hoy día. Esto es más que teoría; es un *hecho*. Esto es más que una posibilidad; es una *realidad*.

Además de los puntos tratados en las lecciones anteriores, algunas cuestiones podrían ser tratadas rápidamente en forma de pregunta. Estas son buenas y sinceras preguntas de interés general.

¿APÓSTOLES?

¿Tiene apóstoles la iglesia de Cristo? Sí. Tenemos los mismos apóstoles que tuvimos en el siglo primero. Los doce apóstoles de Hechos 1.12–26, y Pablo de 1 Corintios 9.1; son los apóstoles de la iglesia de hoy día. Ellos están con nosotros a través de su enseñanza escrita. Nosotros no pedimos voces vivientes, audibles, pues, tenemos sus voces siempre vivas, escritas. El apóstol Juan dijo que él escribió para que nosotros pudiéramos creer en Jesucristo (Juan 20.30–31). El apóstol Pablo dijo que él escribió con el fin de que nosotros supiéramos cómo conducirnos en la casa de Dios (1 Timoteo 3.14–15). El apóstol Pedro dijo, cuando escribió, que él estaba posibilitándonos siempre, incluso después de su muerte, el que nosotros recordáramos

su enseñanza (2 Pedro 1.12–13). En el tiempo que vivieron los apóstoles, muchas de las iglesias jamás vieron a un apóstol; sin embargo, ellas siguieron la enseñanza de los apóstoles del mismo modo que lo hacemos nosotros hoy día. Los siglos que han pasado no han destruido la obra de los apóstoles originales.

Los verdaderos apóstoles habían visto a Cristo (1 Corintios 9.1). Este era un requisito que debían llenar para aspirar al puesto (Hechos 1.12–26). ¿Habrán visto a Cristo los, así llamados, apóstoles de esta generación? Los verdaderos apóstoles obraron “señales de apóstol” (2 Corintios 12.12). Los milagros de ellos eran extraordinarios (Hechos 19.11–12). Ellos, incluso, levantaron muertos (Hechos 9.36–43). ¿Tienen los, así llamados, apóstoles este sello para su oficio?

Los apóstoles verdaderos fueron testigos de la resurrección. Esto era parte de sus sagradas funciones. Jesús les dijo: “... me seréis testigos” (Hechos 1.8b). Pedro dijo: “... todos nosotros somos testigos” (Hechos 2.32). Pedro también dijo: “A éste levantó Dios al tercer día, e hizo que se manifestase; no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había ordenado de antemano, a nosotros...” (Hechos 10.40–41). Mientras estos apóstoles vivían, ellos dieron testimonio en calidad de testigos. Hoy día tenemos a los mismos apóstoles dando el mismo testimonio de la resurrección (Juan 20.30–31). Ellos pusieron su testimonio por escrito para que todas las generaciones lo leyeran. Es a todas luces inaudito que un testigo tenga sucesores. Es imposible transmitir esta función u oficio.

El tiempo cuando se nombraban los apóstoles ya pasó. Incluso el apóstol Pablo fue nombrado extemporáneamente (1 Corintios 15.8). Por supuesto que fue Jesús el que personalmente hizo el nombramiento de Pablo, como fue en el caso de todos los apóstoles. ¿Por qué desear tener apóstoles que sólo pretenden serlo, apóstoles que son falsos o los, así llamados, sucesores de los apóstoles? Nosotros tenemos a los apóstoles originales con su testimonio y enseñanza originales. Bastante ha sucedido que confunde a los que esperan hallar apóstoles vivientes hoy día. A menudo se ha discutido quién podrá ser tal apóstol viviente. En cambio, en cuanto a los apóstoles originales, jamás se ha discutido quiénes fueron ellos, ni se ha discutido el hecho de que el Nuevo Testamento es la voz viviente de ellos.

¿MILAGROS?

¿Cree la iglesia de Cristo en los milagros? Sí. Por ejemplo, creemos en el milagro de la resurrección como prueba de que Jesús es el Hijo de Dios (Romanos 1.4). Creemos en los milagros de los

apóstoles como prueba de que la enseñanza de ellos era de Dios (2 Corintios 12.12; Hebreos 2.1–4). Creemos que todos los milagros que menciona la Biblia en realidad ocurrieron. Hoy día tenemos exactamente esos mismos milagros que la Biblia registra, como prueba de las mismas verdades. Tenemos el milagro de la resurrección para probar que Jesús es el Hijo. Por supuesto que el milagro no se repite cada año o cada generación, pues en tal caso debería sufrir Cristo una y otra vez. El testimonio del milagro se registra en las Escrituras inspiradas. Si usted desea juzgar si es verdad, lea el testimonio. Sin duda que usted no pediría que Jesús viniera nuevamente, muriera nuevamente y resucitara nuevamente para convencerlo. Lea nuevamente en Lucas 16.26–31. Tenga la certeza de que si uno no cree lo que está escrito, tampoco creerá si alguno se levantara de entre los muertos, para aparecérselo en persona. Sí, nosotros creemos en todos los milagros que se registran en la Biblia —pero no exigimos que Dios los repita para convencerlos. Él ha dado testimonio, y nosotros creemos en él y en su palabra.

La iglesia de hoy día tiene todos los milagros que alguna vez tuvo. Tenemos el milagro de la resurrección para probar que Jesús es el Cristo. La resurrección de Dorcas fue prueba de que Pedro era un apóstol. Todavía tenemos ese milagro. Una víbora se le prendió en la mano a Pablo, y éste no sufrió efectos malignos. Ese incidente probó que Pablo era un apóstol de Jesucristo (Hechos 28.1–6). Todavía tenemos ese milagro para confirmar a Pablo y a su mensaje. Estos predicadores enviados por Cristo, fueron confirmados, y el mensaje de ellos, también fue confirmado (Hebreos 2.1–4). No obstante, no tenemos milagros actuales para probar que nuestra enseñanza es verdadera. Los apóstoles probaron mediante sus milagros, que las enseñanzas de ellos eran de Dios. Ellos nos legaron las Escrituras ya probadas a nosotros. Esa es nuestra prueba hoy día. Si hablamos tal como la Biblia habla, no hay duda de que hablaremos la verdad. Si no hablamos lo que la Biblia dice, entonces no hablaremos la verdad. La verdad no necesita de milagros actuales para probar que ella es verdad; *la verdad ya ha sido confirmada.*

Somos la misma iglesia con los mismos milagros. La iglesia ya dejó su niñez y ha entrado en la edad adulta. Hubo un tiempo cuando los predicadores del evangelio tuvieron necesidad de obrar milagros para probar que ellos estaban enseñando el evangelio de Cristo. Ahora ya tenemos las Escrituras permanentes del Nuevo Testamento, verificadas por Cristo, para probar en todos los siglos,

que nosotros estamos predicando el evangelio de Cristo. Hubo un tiempo cuando los cristianos profetizaron, hablaron en lenguas, y tuvieron conocimiento sobrenatural. Lea las palabras del apóstol Pablo: "... las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará" (1 Corintios 13.8). Ahora lea su explicación en el versículo siguiente: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (1 Corintios 13.11). Las profecías, las lenguas, y el conocimiento inspirado pertenecieron a la niñez de la iglesia. En aquel tiempo conocíamos en parte y profetizábamos en parte; era porción por porción como entonces esto se daba. Lo perfecto ya vino; lo tenemos completo en el Nuevo Testamento, no está distribuido en varias porciones. Ya no tenemos necesidad de profecías, ni de lenguas, ni de lo que era de niño. Esto tuvo que cesar. Ahora hay suficiente y sobra, pues "ahora permanecen la fe, la esperanza, y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor" (1 Corintios 13.13).

Sería una admisión de debilidad el alegar que se obran milagros hoy día. Los milagros fueron dados para confirmar la palabra (Marcos 16.20). Esto fue durante el período cuando el evangelio era nuevo y necesitaba confirmación. Ahora somos más fuertes que entonces, pues *el evangelio ya ha sido confirmado*. En aquel tiempo, el mensaje de los apóstoles era objeto de cuestionamientos; por tal razón, Dios proporcionó los necesarios milagros de confirmación. Hoy día nuestro mensaje —el mismo que ellos obedecieron y anunciaron— ha dejado atrás los cuestionamientos, pues ya fue confirmado. Un mensaje que necesite de confirmación hoy día, no es un mensaje bíblico, pues el mensaje de la Biblia ya ha sido confirmado.

Ante todo este panorama, hay algunos que alegan obrar milagros hoy día. Esta alegación no pertenece al ámbito del debate oral; pertenece al ámbito de la demostración. Si ellos tienen este poder, es inútil debatir sobre el tema; sólo tienen que demostrarlo. Por supuesto, no hay nadie que pueda tomar víboras mortíferas en las manos, sin que les haga daño, tal como Pablo lo hizo. Nadie puede resucitar a otro de entre los muertos, tal como Pedro lo hizo. Como ya lo dijimos, si ellos estuvieran predicando el evangelio, no tendrían necesidad de tal confirmación, pues el evangelio ya ha sido confirmado.

¿EL ESPÍRITU SANTO?

¿Cree la iglesia de Cristo en el Espíritu Santo? Sí. Creemos en cada palabra que él escribió. Creemos

en cada promesa que él hizo. El Espíritu de Cristo está en la iglesia (1 Corintios 3.16). Producimos su fruto: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza;..." (Gálatas 5.22–23a). Él nos guía en todo artículo de fe y acto de adoración. Por supuesto que no alegamos haber sido bautizados con el Espíritu Santo. Pero no hemos perdido nada por ello. Nuestros apóstoles fueron bautizados con el Espíritu Santo para guiarlos a toda la verdad (Juan 16.13). Somos guiados a toda la verdad, pues se nos ha proporcionado ésta en los escritos de estos hombres que fueron guiados por el Espíritu Santo. Después de todo, sólo hay "un bautismo" (Efesios 4.5). Por un tiempo hubo dos: uno para el período de la niñez de la iglesia, y el otro para todo el tiempo hasta el fin del mundo (Mateo 28.19–20). El mismo Espíritu que guió a nuestros apóstoles, nos guía a nosotros. Nosotros lo seguimos a toda la verdad, tal como ellos lo hicieron. Él los guió cuando el mensaje era nuevo. Es él el que nos guía al haber sido consignado el mensaje en forma permanente en el Nuevo Testamento. Es la misma iglesia, guiada por el mismo Espíritu, a través del mismo evangelio.

En el siglo que comenzó, cada artículo de fe, cada acto de adoración, y cada disposición organizativa, fueron explícitamente declarados por el Espíritu Santo. Hoy día el Espíritu es todavía nuestra guía. Donde él no nos lleve, no vamos. Donde él nos lleve estamos seguros y confiados en nuestro Cristo. En el lenguaje del Espíritu Santo, le invitamos a creer en el Señor Jesucristo. La iglesia de Cristo no le pediría que creyera nada que el Espíritu Santo no enseñe. Una vez que comience a tener fe, la Biblia le pide que se arrepienta (Hechos 17.30). Una vez arrepentido, la Biblia le proporciona la buena confesión, la confesión de fe en Cristo (Hechos 8.37). Una vez que haya confesado, la Biblia le manda a ser bautizado para el perdón de sus pecados (Hechos 2.38). Una vez que haya obedecido mediante el bautismo, la Biblia le promete que el Señor le añadirá a la iglesia (Hechos 2.47).

Como miembro de la iglesia del Señor que usted sería, cada acto de adoración y servicio que preste, sería llevado a cabo bajo la cabeza, es decir, bajo la autoridad de Jesús. Usted observará la cena de él, cantará las alabanzas de él, orará en el nombre de él, vivirá la vida de él, llevará el nombre de él, y será partícipe del destino de él. Como cristiano que usted sería, podría invitar a toda alma que hay en el mundo a unírsele a usted en su defensa de la palabra de Dios. No le estaría pidiendo a nadie que se le uniera a usted en la defensa de sus opiniones

ni de sus teorías. Usted debe repudiar sus opiniones y teorías y deshacerse de ellas, no sea que vayan a espantar a otros de su comunión. Usted debe defender *lo que Dios ha dicho*. Otros que conozcan lo que Dios ha dicho, se desharán de sus nombres y métodos humanos para unírsele a usted sobre la plataforma de la palabra de Dios. Lo que Dios ha dicho es muchísimo mejor que lo que los hombres han dicho. Como hijo redimido de Dios que usted sería, no sacrificaría la seguridad que hay en su palabra, a cambio de la gloria del mundo.

Jesús edificó su iglesia. Él la compró con su propia sangre. Él la purificó para sí mismo mediante el lavamiento del agua con la palabra. Él le dio su propio nombre. Él le dio su propio Espíritu Santo. Él

le dio que celebrara su santa cena. Él la sustenta y la guarda. Por último, él la salva con redención eterna, ante la presencia de su Padre. Su iglesia será partícipe de su destino. ¡Cuán maravilloso será, en ese eterno día, contemplar al Cristo nuestro y regocijarnos de que oímos su evangelio a tiempo, y llegamos a ser miembros de su iglesia! Será entonces, cuando su iglesia le dará a él alabanza que jamás termina, en aquella tierra más hermosa que el día; pues él es digno de todo el señorío, la gloria y el poder en este mundo, y para siempre.

Hace más de mil novecientos años la iglesia de Cristo fue establecida y hoy día tiene la misma organización, forma de adorar y doctrina.

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados